

CAPITULO VI.

Una visita á los Chinos.

En medio de la region siempre despejada y formando llanura, corria el rio Irtych como una cinta plateada de muchas ondulaciones. Lejos del horizonte se dibujaban los cerros del Altai de una figura extraña, que ya habian dejado los viajeros á su espalda; en algunos puntos aislados y cubiertos de zacate se veían pasar manadas de ovejas y caballos, y aun el *navio del desierto*, el camello, se presentó á la vista de los caminantes, ya solo, ó ya en grupos, en los alrededores de las pocas tiendas de campaña de los Kirguizios construidas á lo largo de las

orillas del rio; pues ellos son los que habitan esas regiones. (1)

En una de estas tiendas, llamadas *Yurtas*, acababa de entrar un hombre de una figura muy original; pero tambien la *yurta* era digna de una descripcion, aunque se parecen unas á otras como un huevo al otro. Ella consistia en una especie de enrejado de madera, en forma circular, de la altura de un hombre, sobre el cual estaban afianzadas unas latas, que con las puntas para arriba formaban el techo en figura de un cono troncal. Estas mismas latas estaban apoyadas en el interior de la *yurta* por otras, formando en su extremo superior una abertura en forma de círculo, y afianzadas en un aro que servia de ventana y de dar salida al humo. Todo este esqueleto tenia una cubierta de un espeso fieltro de lana, hasta la abertura que servia de entrada, y que estaba ademas adornada con una cortina del mismo género, bordada de diferentes colores. El menaje del interior formaba la imágen de una sencillez nómada, de una vida patriarcal. Entrando por la abertura á la *yurta*, se presentó á la derecha un gran receptáculo de cuero, casi de la altura de un hombre, afianzado por medio de una lata en el esqueleto de la tienda, ancho en el fondo y disminuyendo de volúmen de la mitad para arriba. La abertura superior de este receptáculo estaba

(1) Humboldt, viage á el Asia, tomo I, pág. 600.

cubierta con una piel de animal; pero tenia en el fondo una pequeña abertura, cubierta con un vitoque. Este es el *tursuk*, donde todos los kirguizios y calmukos conservan diariamente el producto de la leche, tanto de las vacas como de las cabras y de las yeguas. Esta leche se agria muy pronto, á lo que contribuye la falta de aseo del receptáculo, y de este modo contiene de un dia para otro restos de leche cuajada. Si uno de los habitantes de la *yurta*, ó tambien un huésped, no tiene nada qué hacer, se acerca al *tursuk* y menea su contenido con una lata hasta que se cansa. Esta leche coagulada forma el principal alimento de los calmukos y kirguizios.

Detras de la *yurta* habia otras botas de cuero para conservar la leche y para ordeñar, y otras de la figura de un estómago que servian para preparar el *Kumis*, una especie de aguardiente preparado de leche de yegua. Filtros puestos unos sobre otros indicaban la cama, mientras frente á la entrada estaban acumuladas muchas pieles de diferentes clases.

Un fusil, un morral y los demas utensilios del dueño, estaban colgados á la izquierda de la entrada, donde estaban amarrados cabritos y borreguitos, cuyas madres se ordeñaban diariamente dos ó tres veces.

En medio de la *yurta* estaba el brasero construido de piedra en el cual habia fuego, mientras encima de un trípode de fierro se veia un caso en el cual estaba hir-

viendo la *sopa de té*. Quesos ahumados estaban colgados de las vigas á guisa de adorno.

A esta *yurta* entró la figura original antes mencionada. Era un jóven vigoroso en la mejor edad, su semblante manifestaba valor y buena salud. Sus vestidos consistian en pieles de cabras silvestres. Traia un fusil al hombro, en sus manos un venablo, en la cintura un gran cuchillo, y le acompañaba un hermoso perro de caza. Era uno de aquellos *Sujerovschichiki*, es decir, *cazador de animales*, que viven años enteros solos en los bosques mas distantes, en las cuevas y en las montañas del Altai, cazando osos, lobos, zorras, cebellinos, martas, armiños, voses, glotones, linceos, ardillas, antes, venados, siberienses, [*cervus pygargus*] y aun tigres.

Muy raras veces visitan estos hombres aventureros las habitaciones de los demas mortales. En su vida solitaria en medio de los desiertos del Altai huyen de los hombres, á quienes buscan solamente cuando tratan de cambiar sus pieles por otras cosas que necesitan para la vida, y aun en estas ocasiones no llegan jamas á las ciudades, sino que tratan con las hordas nómades de los Kirguizios:

Un cazador de esta clase era el que acababa de entrar á la *yurta*. De piés á cabeza envuelto en pieles de cabra silvestre, una gorra puntiaguda de piel de venado en la cabeza, un cinturon de cuero en la cintura, y armado con un venablo y un cuchillo, tenia

este hombre de figura atlética un aspecto muy salvaje. Sin embargo, indicaban sus ojos y aun sus facciones bronceadas por la intemperie no ser tan salvaje como parecía.

Su llegada á la *yurta* causó una exclamación de sorpresa y no de temor,

¡*Timkowski!* exclamó alegremente la mujer del Kirguizio, olvidando por un momento la sopa de té y ¡*Timkowski!* salió en igual tono de los labios de su marido.

—¡Sí, él es! contestó este en ruso. Todavía no está comido de los osos ni llevado por el *buran*.

—¡Siempre el mismo! dijo la mujer, contemplando con placer al vigoroso jóven.

—Y sin embargo, hace dos años que no nos hemos visto, dijo el cazador. Vuestra *aul* estaba en aquel tiempo al Norte de *Buchtarminsk*.

—Así es, contestó el dueño de la *yurta*, dirigiendo una mirada de astucia é inteligencia á su mujer, porque el trato que había hecho en aquel tiempo con *Timkowski*, le había salido muy ventajoso.

Por este motivo fué recibido con mucha hospitalidad, y pronto estaba acostado junto al dueño de la *yurta*, saboreando con delicia un vaso de *kumis*.

Hombres sencillos por naturaleza marchan luego directamente á su objeto; por eso, pronto trataron el cazador y el Kirguizio, cambiando el primero sus magníficas pieles que traía cargadas en un caballo viejo medio man-

co, por otras cosas y un caballo nuevo de la raza llamada *Yakut*.

Estos caballos son de la mejor raza de la Siberia, de grande alzada, fuertes y capaces de aguantar muchas fatigas. Tienen además la ventaja de que si se hace uso de ellos durante el invierno, buscan por sí mismos su alimento, quitando con los piés la nieve, para comerse la yerba que hay debajo. Visiblemente están criados para un clima duro, porque luego que entra el otoño se engruesa su piel, y durante el invierno es de un grueso casi como la del oso. No son de figura hermosa; pero respecto de otras cualidades, son de buena raza y por este motivo no faltan en la célebre cria del conde de Orloff.

Pero siempre no se hizo tan pronto el trato como parecía al principio, porque los kirguizios son muy astutos y ladrones, y si entran á esta clase de cambios, buscan la mayor ventaja posible.

Los hombres salieron fuera de la *yurta*. El kirguizio tomó un pito que traía colgado en el pescuezo y silbó. Poco despues se presentaron corriendo algunas docenas de caballos, y quedaron repentinamente parados ante su dueño, quien regaló á cada uno un pedazo de azúcar. El cazador escojió un caballo, y al fin cerró el trato, sacando siempre la ventaja el vendedor, porque, como se acaba de decir, son muy astutos los de su raza.

En la feria de *Nischnei-Nowgorod* dijo un dia un viejo comerciante ruso de origen alemán, que había viajado mucho y trataba con toda clase de gentes, aludien-

do al carácter de la referida raza: «á la cabeza de los bribones y estafadores están los armenios, despues siguen los griegos, luego los chinos, despues los kirguizios, y finalmente los rusos.»

Hecho el trato, lo celebraron tomando la sopa de té, cuyos ingredientes son el té, la leche, manteca y sal. Además habia un corderito asado y el kumis.

Repentinamente apareció la mujer del kirguizio; venia muy asustada avisando que una partida de cosacos se dirigia á la *yurta*.

—¿Y qué hay con esto? dijo su marido. Estamos aquí en la frontera. En la estacion, á la orilla izquierda del Irlich, hay mongoles, en la izquierda chinos, y en medio de ambas estaciones en una isla del rio se encuentra un piquete de cosacos rusos.

Los hombres salieron de la *yurta*, donde habia llegado ya un fuerte destacamento de cosacos con su capitán á la cabeza, quien preguntó al kirguizio si era el dueño de la *yurta*, y despues de haberle afirmado éste, le dijo el capitán de cosacos, hombre de un aspecto feroz:

—Bien, entonces en nombre de S. M. el Czar, te ordeno, que nos dejes por un poco de tiempo tu *yurta*.

—Señor, contestó el kirguizio horrorizado, la *yurta* es mia.

—¡Diable! dijo el capitán. Todo lo que existe en el imperio pertenece al Czar.

El kirguizio tembló de coraje, y dijo; chispeando sus ojos:

—El Czar no tiene derecho para disponer de nuestra propiedad. Nosotros los kirguizios estamos bajo su proteccion, pero no somos sus siervos.

—¡Hola! gritó entonces el cosaco, furioso al verso contrariado, y tomando un látigo que colgaba á su lado: para los rebeldes tenemos un eficaz remedio. Una palabra mas, y te mando dar sesenta latigazos.

El kirguizio echó espuma por la boca é iba á contestar, cuando el cazador procuró calmarlo, diciéndole:

—No es mas que por un poco de tiempo, sed racional y ceded, porque si se os considera como rebelde, sois perdido.

En el mismo momento habian descendido de sus caballos todos los individuos del piquete, y sin mas tomaron posesion de la *yurta* y de otras que habia en las inmediaciones.

El capitán esperaba á su S. E. el teniente general, baron de Humboldt, embajador de su S. M. el Czar, que intentaba hacer una visita á las estaciones fronterizas con China.

Dos horas despues anunciaron unos aposentadores que debian llegar dentro de unos momentos los viajeros, y un poco despues estaban instalados con su servidumbre en las dos *yurtas* de los Kirguizios.

Humboldt habia inspeccionado á su llegada la tropa que le hacia los honores de su rango, con semblante lo mas serio posible, como le habia recomendado á su tiempo el Sr. de Veljaminoff. Pero le era difícil con sus

facciones benignas tomar aquel aire militar de orgullo y severidad. En todas estas ocasiones no dejaba de inspeccionar todos los semblantes de los soldados, para ver si acaso descubria en alguno de ellos las facciones de aquel retrato del infortunado Ivan, que le habia enseñado la madre de este jóven en aquella triste noche de la inundacion de S. Petersburgo. Pero hasta entónces todas las investigaciones habian sido vanas; así sucedió tambien en aquel dia.

Se le volvió á presentar la imágen de aquella madre tan profundamente afligida, que habia perdido la felicidad para toda su vida, y otra vez recordó su promesa, desatendiendo aún, con resolucion, el consejo que le habia dado el gobernador, de no preguntar nunca por un deportado.

Pero el capitán de los cosacos, un verdadero ruso, frunció las cejas á la primera palabra que aventuró Humboldt por la mediacion de Menschenin que le servia de intérprete, contestando:

—¿Ivan Witkievicz?..... No conozco á ninguno de este nombre..... los deportados ya no llevan nombre y han muerto para la sociedad.

Humboldt, indignado por este proceder, habló de la humanidad, que debia haber en todas las circunstancias de la vida.

El cosaco se rió brutalmente, y jugando con el látigo (Knut) que traia á su lado, contestó:

—Deportados son rebeldes, y como tales ya no son hombres.

—Aun solamente expresarse así es inhumano, dijo Humboldt bastante excitado.

—¡Inhumano! exclamó el capitán, riéndose aun mas brutalmente. Os contaré, Excelencia, lo que hice con otro Ivan, tambien deportado, cuando supe que iba á fugarse con ayuda de otros. Le mandé dar cien latigazos. Cuando desnudo y amarrado habia recibido los primeros cincuenta, ya se habia medio muerto... pero... oid.... solamente á medias. Despues de cuatro horas se hallaba en estado de poderle dar los otros cincuenta-los que en efecto recibió; pero á la semana siguiente habia muerto. Con esto quedó todo arreglado.

Humboldt temblaba de coraje y de indignacion; pero conoció desde entonces cuan prudente habia sido el consejo del Sr. de Veljaminoff. Friamente y con altivez ordenó que se hiciesen los preparativos para hacer la visita á las estaciones limítrofes con la China, volviendo la espalda al capitán con el mas alto desprecio.

Como ya habia dicho el kirguizio á su mujer, en la estacion de este lado del Irtych habia *mongoles*; en la orilla derecha, *chinos*; pero ambos estaban mandados por oficiales chinos.

Humboldt se dirigió primeramente á la última estacion. Cuando se acercó la pequeña caravana acompañada del piquete de cosacos, salió el comandante chino

de su tienda para encontrar la visita. Dos subalternos le seguían.

Era un joven alto y flaco (1) Llevaba vestido de seda azul que le llegaba hasta los tobillos, puesto un gorro puntiagudo en la cabeza, en el cual se veían puestas horizontalmente algunas plumas de pavo que indicaban su rango. La larga trenza le colgaba tiesamente por la espalda. Sus compañeros tenían los mismos vestidos; pero sin las plumas de pavo.

Cuando Humboldt, Ehrenberg y Rose, seguidos de Menschenin, del capitán de cosacos y de su intérprete de Buchtarminsk se acercaron, los convidó el chino, por señas á que entrasen en su tienda.

También ésta era una *yurta* como las de los kirguizios. solo faltaba el menaje correspondiente, mientras en frente de la puerta se hallaban á los dos lados algunos baulés, que cubiertos con alfombras servían de asientos.

También el suelo estaba alfombrado. Después de haber entrado todos, se sentó el comandante chino enfrente de la puerta y á su lado Humboldt; los demás tomaron asiento en su alrededor. En la puerta quedaron parados una multitud de chinos para escuchar y ver á los extranjeros. ¡Qué escena tan original se presentó entonces! El señor de Humboldt se dirigió primeramente al señor Menschenin; quien traducía las palabras del primero al ruso, dirigiéndose en seguida al in-

(1) Rose: A. de Humboldt & Co. viaje á el Asia, parte I pág. 609.

térprete, que por su parte las tradujo al mongol transmitiéndolas al comandante chino. Entonces contestaba éste al intérprete en *mongol*, éste en *ruso* á Menschenin, y el ingeniero de minas traducía la contestación al idioma del viajero alemán.

Todo pasó con la mayor dignidad y respeto, mientras se presentó á los huéspedes té sin leche y azúcar, como lo acostumbran tomar los chinos.

El comandante chino se informó respecto del objeto del viaje de Humboldt, quien le contestó del modo indicado, que había venido para explorar las célebres ruinas del Altai y hacer una visita á los hermanos chinos. Luego le preguntó por su patria, á lo que contestó el chino, que había venido directamente de Pekin á caballo, empleando cuatro meses en el camino.

—¿Y cuánto tiempo permaneceréis aquí? preguntó Humboldt.

—Los comandantes de estas estaciones se relevan cada tres años, contestó el chino. Por lo que respecta á mi país natal, no lo volveré á ver sino después de trascurridos dos años; pero, viajero, estoy seguro que te gustaría el camino si emprendieras un viaje para allá. Hasta Urga, la capital de la Mongolia, es un camino muy boscoso y quebrado; de allí hasta la frontera de la China propiamente dicha, el celeste imperio, reina el desierto con toda su magestad y aislamiento, una superficie donde se suceden casi sin interrupción estériles arenales, sin una gota de agua; pero poblados de los hospitalarios

mongoles de buena índole, que viven en *yurtas*, y parten con el fatigado viajero todo lo que tienen. Se ocupan en la cria de caballos, camellos, ganado menor y en recoger la agua llovediza en cisternas. Durante el invierno reina aquí un frío horrible, y los vientos se convierten en huracanes, cuando está congelado el mercurio; mientras que en el corto verano hace un calor insufrible, y los torbellinos de arena parten la piel y deslumbran los ojos del viajero. Pero, ¿quién se acerca al sol sin quedar deslumbrado? Mas el celeste imperio es el sol de todos los países. Tu ojo, viajero, jamás ha visto una cosa más bella. Después de subir una larga y suave pendiente, se encuentra uno de pronto al principio de una mesa que se dirige al Sur; un inmenso anfiteatro de cerros, ríos, bosques y poblaciones, se presenta á tu vista al pié de la mesa y á una profundidad considerable, todo bañado por la luz dorada del sol. A treinta leguas de distancia de esta mesa, está la gran ciudad de *Ciouan-Hus-Fou*, que los rusos llaman *Calligan*, y detrás de ella, limitando el horizonte hácia el Sur, se eleva una cuádruple cordillera de cerros escarpados; la primera es morena, la segunda y tercera tienen un brillo de escarlata y violeta, y la última que apenas visible se eleva en la llanura de Pekin, dirigiéndose al Norte se envuelve en el intenso azul del cielo. *Ciouan-Hus-Fou* es mi ciudad natal; ¡que la bendiga *Sching-Sing!*

Habia algo de verdaderamente conmovedor en la ex-

presión de cariño con que manifestaba este hombre, de un aspecto tan sério, su amor por su país natal. ¡Cómo pesaría sobre él la distancia inmensa en que tenía que permanecer por tres años!

Después de una corta permanencia en la estación, se alejaron los viajeros trasportándose á la orilla opuesta del río, para hacer también una visita al comandante de la otra estación, quien los esperaba en su *yurta*, en cuya puerta había una multitud de latas con pedazos de carne fresca. Era este individuo de más edad y más desaseado que el otro, pero tenía un vestido semejante. La conversación con él era más difícil, porque se hacía traducir al chino las palabras del intérprete por uno de sus subordinados, sea que no entendiera el mongol, ó sea que le pareciera rebajar su dignidad, hablando directamente con el intérprete. Humboldt le regaló un pedazo de terciopelo encarnado, que había comprado con este objeto en *Buchtarminsk*, y que aceptó con agradecimiento, ofreciendo á los viajeros té por su parte. En seguida los llevó al templo, que estaba de este lado del *Irtich*. Era un edificio de madera, pequeño y de forma cuadrada, que tenía su puerta al lado del río. El interior estaba casi vacío, porque excepto un altar y un ídolo del culto del Budalismo, no había otros objetos. Fuera del templo, en frente de la puerta, había una pared, entre aquel y el río, y entre esta pared y el templo se hallaba otro altar, construido de pedazos

de pizarra y cubierto con piedra de la misma clase, y en donde se hallaban carbones encendidos.

Los viajeros se volvieron al otro día, recibiendo del primer comandante y dos de sus subordinados una visita de cumplimiento. Humboldt les dió la bienvenida, invitándoles á que entraran á la yurta, donde tomaron asiento. El comandante chino y sus compañeros sacaron luego sus pipas y comenzaron á fumar, despues de haber invitado á los demás á hacer lo mismo. Las pipas chinas son muy pequeñas, y por esto tenian que renovar el tabaco continuamente, cuya operacion hacian los que acompañaban al oficial. Humboldt regaló á éste un pedazo de paño fino azul, que al principio rehusaba admitirlo, expresando por medio del intérprete, parecerle un regalo de mucho valor; pero al fin lo aceptó con gusto. Luego se informó qué clase de regalo convendria hacer al Sr. de Humboldt, y el intérprete le dijo, que ningun obsequio seria tan grato á este señor, como unos libros que habia visto en el interior de la yurta. En el acto los mandó traer, y los entregó á Humboldt, quien despues de alguna resistencia los recibió con agrado. (Estos libros, que se hallan actualmente en la Biblioteca real de Berlin, contienen una novela histórica en cuatro tomos, con el título de *Sankuetschi*, y es la historia de los tres reinos en que la China estaba dividida, despues del fin de la dinastía Han). El comandante chino manifestó mucho agrado al saber por Humboldt, que tenia un hermano que se ocupaba del estudio del idioma chino,

y á quien iba á regalar los libros. Humboldt suplicó al comandante escribiera su nombre en uno de ellos, lo que éste verificó con un lápiz que se le presentó con tal objeto, y por este medio se supo que se llamaba *Tschin-fu*. El lápiz era un instrumento nuevo para él, lo miró con agrado y lo aceptó como un regalo. Despues se le ofrecieron algunos refrescos de los comestibles que llevaban los viajeros, como vino de Madera, azúcar y galleta de que ellos tenian una gran cantidad, por haber oido decir que estos objetos les agradan mucho á los mongoles, que no los tienen y los cambian por otras cosas. Del vino Madera tomó muy poco *Tschin-fu*; y un pequeño pedazo del azúcar, junto con una galleta y el lápiz, así como un paquete de tabaco que le habia regalado Humboldt, mandó llevar á su yurta. Los que acompañaban al comandante vaciaban algunos vasos y tomaban una gran cantidad de azúcar.

Poco despues se despidió *Tschin-fu*. Era visiblemente un hombre bien educado é instruido, porque toda su conducta lo indicaba. Los viajeros se quedaron todavía otro rato observando á los mongoles, que habian venido llenos de curiosidad, para ver y tocar á los extranjeros. La guarnicion de allí constaba de 80 hombres, todos altos y flacos, muy desaseados y vestidos lo mismo que el comandante; pero sin armas. Otros tenian allí puestos de vendutas, en las que habia pipas, arcos y flechas, porcelana y palitas de que se sirven en lugar de cucharas. Cerca de sus yurtas se veian algunos camellos

y ganados de cabras y ovejas. En lo general, toda la comarca tenia un aspecto triste. El terreno no era enteramente plano, sino que tenia algunas colinas sin vegetacion; pero en las orillas del rio Irtych habia mucho carrizal, particularmente en el islote que ocupaba el piquete de cosacos.

Ehrenberg y Rose habian aprovechado el tiempo para hacer una excursion á las orillas del Irtych, la que les dió bastante resultado con respecto á la botánica y mineralogía.

Mientras se hacian los preparativos para la marcha, visitó Humboldt, acompañado de un intérprete, una familia de kirguizios para conocer su vida doméstica. La hospitalidad es la principal virtud de estos pueblos; y por este motivo fué recibido Humboldt con mucha benevolencia. La familia se componia de cinco personas, y vivia en una yurta construida del mismo modo que las de los cosacos. El jefe de la familia, un anciano de corta estatura, vestido con un *caftan* de pelo de camello, se ocupaba de remendar sus botas, porque en aquellos países cada uno es su propio artesano, artista y comerciante. Su hijo, un jóven robusto, de ojos verdaderamente chinos, llevaba puesta una gorra de pieles que cubria la mayor parte de su cara, colgando como cuello sobre sus hombros y parecia que tenia una torre en la cabeza. Una gorra de esta clase es el techo que protege al pastor, cuando cuida en el campo su rebaño. Dos muchachas tenian dirigidos sus rostros hácia

la pared, para ocultarlos al extranjero con el objeto de que no se inflamara su corazon por el fuego del amor; pero su madre dirigió sin recelo sus miradas á Humboldt, sin desatar el grueso nudo que sostenia el velo con que cubria su frente, pecho y cuello. Llevaba encima de un pantalon encarnado un túnico azul debajo de un corto *caftan*. Las paredes estaban tapizadas con alfombras de Persia, y además habia cajones de transporte dentro de la habitacion, pintados de flores; botas de agua con diversas figuras de animales, botijas de cuero y los estómagos de varios animales domésticos, llenos de mantequilla y queso. Humboldt traia algunos pañuelos y objetos de lujo, los cuales pensaba regalar á los diversos miembros de la familia. A la matrona de la casa regaló una sarta de perlas y á las dos muchachas unos tápalos, por lo que llenas de gozo, olvidaron la ley del profeta, dirigiendo sus rostros mongóles con una amable sonrisa hácia el extranjero.

En el acto recibieron éstas la órden de amasar pan; lo que verificaron con gran empeño. Despues de haber dado á la masa una forma redonda, la tostaron sobre estiércol de res seco y encendido. La matrona mezcló leche, manteca y sal con té, ofreciendo esta especie de sopa en una vasija de madera al extranjero. Esta comida verdaderamente oriental-nómada no agradó mucho al paladar de Humboldt, pero se esforzó á tomarla para no desairar á las dos hermosas jóvenes.

La comida fué acompañada por una especie de dan-

CAPILLA ALBONISIA

sa, ejecutada por las dos muchachas, mientras el padre, la madre y el hermano daban el compas con un canto original y monótono. Una de las jóvenes representó en esta danza con gran habilidad diversas pasiones. Comenzando con la danza tártara, fué desarrollando paulatinamente los sentimientos mas ardientes de una pasión salvaje; la pena y el despecho de un amor desdefiado, y finalmente, por la desesperacion de los celos, caia al suelo con el cabello suelto y flotando al aire.

Humboldt fué agradablemente sorprendido al ver allí reunido el arte y la naturaleza de un modo tan bello, y muy á su pesar notó que la proximidad de la noche le obligaba ya á retirarse, para reunirse en Krasnojarsk con sus amigos, en donde pensaba practicar algunas operaciones astronómicas.

Volvió á regalar á toda la familia ricamente, y luego se despidió dirigiéndose hácia las azuladas cimas del Altai.

CAPITULO VII.

Annuchka.

Distante está ya el Altai, habiendo desaparecido hasta los últimos contornos de sus cordilleras. Se ve á lo lejos á Omsk, la llave del páramo de Ichimch, al cual sigue inmediatamente el de los kirguizios. El camino que conduce desde Omsk al Ural atravesando el páramo, forma á la vez el límite del grande imperio ruso con las hordas céntricas de los kirguizios todavía independientes.

Estos son un pueblo audaz y bandolero. Nada está seguro con ellos..... ni aun la gente, porque la roban y la venden á los khivenses, en el Sur del lago de